

EL CRISTIANISMO: FUERZA PARA EL DESARROLLO INTEGRAL DEL HOMBRE

Miguel Foronda

En una noticia reciente, los periódicos informaban que Corea del Norte, en un desfile militar, mostró al mundo unos misiles transatlánticos capaces de ser dirigidos a cualquier parte de América. Los periodistas piensan que fue una especie de amenaza a Corea del Sur y a los Estados Unidos. Mientras leía la noticia, me volví a asombrar contemplando la capacidad técnica que el humano posee, y los avances que a lo largo de la historia han logrado los hombres. Pensé en la diferencia de armamento que se utilizó en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial, y me invadió cierto temor al considerar qué elección iban a tomar los coreanos acerca del uso de esos instrumentos. Al día siguiente, en otra noticia, el presidente de Estados Unidos lanza una bomba a Afganistán, que los americanos le llamaron “la madre de todas las bombas”. La finalidad del lanzamiento era la de destruir los túneles subterráneos donde ISIS guarda el arsenal bélico, que les sirven también como avenidas para movilizarse dentro de la ciudad. El avance tecnológico en la comunicación, en el transporte, en la producción, en la medicina, etc., son otros tantos motivos de asombro de la capacidad humana de crear un mundo.

Ante esta situación, vinieron a mi mente varias preguntas: ¿cómo elegiremos usar tanta tecnología?, ¿para qué utilizaremos los avances en la ciencia? Es claro que estos interrogantes superan el ámbito de la tecnología, y vuelven nuestra mirada al interior del hombre. Porque es ahí donde se encuentran los motivos de

cualquier elección. ¿Quién puede sondear el corazón humano? Habitualmente cuando vemos actuar a un sujeto, cuando contemplamos su acción, no tomamos en cuenta, por imposible, el drama interior de cada ser humano, el drama de la deliberación y de la elección. Tal vez, lo único que podemos hacer es tratar de explicar, con temor a equivocarnos, los posibles motivos de tal acción, partiendo de nuestra experiencia personal en circunstancias externas similares al agente en cuestión.

A diferencia de otros seres vivos –animales y vegetales– la actuación humana no es necesaria, es completamente libre. Las circunstancias son el ambiente en el cual el hombre elige, pero no determinan ni la intención, ni la opción a elegir. En cada momento, un individuo tiene ante sí por lo menos dos opciones, de las cuales elige una o ninguna; esta última también es una opción. Esto quiere decir que el hombre está por encima de las tendencias, las asume y genera alternativas nuevas dentro de las cuales elige. Supera el circuito estímulo-respuesta de la vida animal y vegetal, pues es evidente que se detiene a deliberar. Es por esto que una acción humana es juzgable, porque la persona es dueña de sus acciones, puede hacer o dejar de hacer. Por eso también se le puede exigir responsabilidad. Ha de responder a los efectos que esas acciones provoquen: en otras personas, en el medio ambiente, etc.; dentro de lo razonable, porque no se sabe realmente el efecto completo que una acción produce. A tal punto es dueño de sus actos, que es artista de sí mismo, en el sentido de que cada acción lo talla y lo forma; de esta manera, el que roba se hace ladrón. Además de esto, si se es cristiano, las acciones asfaltan el camino al cielo.

Decíamos que la acción humana es libre. Es en este ambiente interior de no necesidad, en donde el hombre genera opciones y evalúa los criterios de elección. La generación de opciones tiene también algo de creatividad, que sería imposible si el ser humano no fuera constitutivamente libre. Si fuera necesaria la elección de alguna opción concreta, no tendría sentido la creatividad, la deliberación, los criterios y la elección, pues estaríamos pre-determinados a elegir algo previo a cualquier acto de deliberación.

La acción humana por su naturaleza implica un riesgo enorme, pues no sabemos a qué atenernos en nuestro trato con los hombres. Porque puede elegir engañar o no engañar, robar o no robar, matar o no matar, etc.

Pero la libertad no es un absoluto, ha de estar guiada por la verdad y más aún, guiada por el amor a esa verdad. Al hombre se le ha dado la capacidad de conocer la verdad, aunque no toda, la

cual le permite orientarse en el tiempo en el que le ha tocado vivir. Dentro de esta orientación, el hombre ha sido dotado de un hábito cognoscitivo llamado conciencia, que funciona como guía en vistas a la consecución del fin último. Este hábito, por tanto, juzga las acciones como debidas o no debidas a partir del conocimiento de ciertas verdades. La primera enemiga del conocimiento del deber, entonces, es la ignorancia. Porque nada es peor que el buen deseo ignorante. De aquí se desprende la obligación del ser humano de librarse de esta misma. Es la verdad conocida por el intelecto la que se convierte en un bien deseable para la voluntad. Y en función de la verdad y del bien, la conciencia dicta la conveniencia o no de ciertos medios para conseguir ciertos bienes.

La libertad entraña un gran riesgo, decíamos. A este riesgo los hombres le tienen un temor especial. A mi manera de ver, este temor no es a la libertad; el temor es a las decisiones movidas por el odio, la soberbia, la avaricia, la lujuria, etc., que jalonan el corazón del hombre. Un ejemplo en la literatura universal de esta situación nos la da William Shakespeare en el libro *La Violación de Lucrecia*:

*“De la sitiada Ardea, apresuradamente,
impulsado por alas de un infame deseo,
abandona Tarquino su ejército romano
y lleva hacia Colatio, el mal fuego sin lumbre,
que oculto entre cenizas, acecha ese momento
de lanzarse y ceñir con llamas la cintura
de la casta Lucrecia, amor de Colatino”*

Si todas las personas eligieran de acuerdo a la justicia, o el corazón humano fuera totalmente bueno, no temeríamos tanto a la elección humana; pero nos damos cuenta de que en las propias decisiones personales hemos actuado movidos por alguna de las pasiones anteriores; por eso tememos, talvez, la actuación de otra persona.

Este temor, muchas veces oculto, nos ha llevado a utilizar ciertos medios para evitar las elecciones erróneas. Estos medios tratan por su naturaleza de lograr que al hombre le pese más elegir algo erróneo por las consecuencias sociales que trae: cárcel, mala fama, etc. No reparan en el corazón humano. De tal manera, que al quitar las consecuencias, no hay ningún motivo para elegir lo que antes estaba prohibido, y se vuelve a optar por lo incorrecto.

Hay un tipo de persona que piensa que el temor logrará o evitará la elección errónea. Este utiliza el dolor como medio de disuasión. En esta visión, la amenaza, el castigo, entre otras, se

convierten en los medios disuasivos primarios. Estos medios, como es evidente, son incapaces de cambiar el corazón humano, pero desalientan, hasta cierto punto, una elección no querida por la persona que castiga.

Hay otro tipo de personas que piensa que con “cebar” más una opción que la otra, logrará mejorar la sociedad, porque elegirán la opción cebada. Estos son los partidarios de la motivación extrínseca. ¿Quiero que la gente elija una opción concreta? Ponle un incentivo a la que quieres y acertarás. El tema sigue siendo el mismo: ¿mejora esto el corazón del hombre? Me parece evidente que no.

Hemos estado hablando del corazón. Al hablar de corazón nos referimos a “lo más profundo del ser”, el centro de todos los pensamientos y de todos los deseos. Este corazón humano es el que lleva a decir a San Agustín: «Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti» (San Agustín, *Confesiones*, 1, 1, 1), Agustín manifiesta con esto la incapacidad de las criaturas para saciar un deseo infinito.

Las pasiones que mencionábamos en unos párrafos anteriores son fruto de poner el corazón infinito en cosas finitas. El riesgo que se corre cuando se procede de esta manera, es que las opciones que se producen generalmente son movidas por lo que se ama. Por eso, la insaciabilidad de la avaricia no procede de los bienes, sino de la capacidad de amor del que las ama, que es infinita. Por esta razón, cuando lo amado no es trascendente al hombre, lo empobrece, y la relación entre los hombres se dificulta, porque el corazón no se satisface con menos. Nos damos cuenta, entonces, de que la verdadera lucha humana es ordenar el corazón. Es esta falta de lucha la que hace decir a San Pablo en la carta a los Romanos: “Por eso, dejándolos abandonados a los deseos de su corazón, Dios los entregó a una impureza que deshonoraba sus propios cuerpos, ya que han sustituido la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a las criaturas en lugar del Creador”.

Esta lucha de poner el corazón en lo verdaderamente amable, trae consigo una especie de paz, fruto del apaciguamiento del deseo de amor infinito que es el corazón. Una vez que lo logramos

aquietar, la vehemencia de las pasiones disminuye, y estamos en la situación ideal para poder seguir el dictamen de la conciencia sobre la bondad o maldad de determinadas acciones. Este actuar de acuerdo a nuestra conciencia es el que trae consigo la justicia en las acciones; es decir, podemos en verdad dirigir nuestros hechos a la consecución del desarrollo económico, social, cultural y espiritual del hombre (del actuante y del receptor de la acción), pues el corazón no estará en ninguno de los bienes menores a la capacidad amante del ser humano.

Si no se entabla la lucha que antes mencionábamos, no podremos realizar el ideal que Benedicto XVI propone en la encíclica *Caritas in Veritate*: "...el primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en su integridad: 'Pues el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económica-social'". Es en esta lucha donde el cristianismo aporta algo invaluable. Son precisamente los sacramentos que sanan y elevan al ser humano realmente, los que proporcionan la fortaleza para amar la verdad y el bien, y alamarlo, seguirlo. Es con la redención del ser humano como Dios tiene misericordia del drama del corazón del individuo. Los frutos de esta redención realizada por Cristo a través de la Cruz, se comunican al cristiano a través de los sacramentos. Lo que el hombre es incapaz de hacer a través de un sistema económico o político, la redención del corazón, Cristo lo hace con su muerte en la Cruz. Por eso se dice que la redención nos hace verdaderamente libres. Con esta fuerza venida de Dios, el cristiano fortalece las relaciones humanas naturales, y contribuye, al purificar el corazón, a la realización del bien integral del hombre.

Podríamos terminar diciendo que cualquier sistema político o económico tiene un componente de idealidad, en el sentido de que la libertad del hombre es real, que puede generar opciones que no estaban previstas, pero que nada le asegura que los nuevos inventos no se usen para destruir. El problema de la elección es más profundo que un sistema de incentivos, sin excluir que estos puedan ser de utilidad para conseguir ciertas cosas. El ser humano tiene que luchar internamente para lograr seguir el dictamen de la conciencia. Esta lucha, que es personal y tiene repercusiones externas, es la que se ve felizmente ayudada por Dios a través de los sacramentos. En la medida en que el hombre luche con las fuerzas naturales y divinas por la consecución del bien, se establecerá el imperio de la Verdad y, por lo tanto, de la Justicia.